

ANGEL LUIS MORALES

Doctor en Filosofía y Letras  
Catedrático Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico

## LA LECTURA Y LA SENSIBILIDAD

EL papel de la lectura en la formación de la sensibilidad humana se destaca en forma dramática, me parece a mí, cuando reflexionamos brevemente sobre una peculiaridad muy significativa del ser humano: la de que el hombre no *nace* hombre sino que se *hace* hombre. Los demás animales *nacen hechos*, es decir, nacen con todo su repertorio de posibilidades claramente determinado por su naturaleza biológica. Por eso, el período de aprendizaje en los animales es mínimo; nacen sabiendo, por instinto, todo lo que comporta a la especial organización de su especie. Un perrito, o un gatito, son desde que nacen, todo lo perro y todo lo gato que es posible ser. No sucede así con el hombre. El hombre nace en la *naturaleza* con una *humanidad* (espiritual) puramente potencial. Desde el punto de vista biológico, al nacer el hombre es un animalito más, el más indefenso y desvalido, el que necesita protección y atención de sus padres por más largo tiempo. Y si al nacer —como lo ha demostrado la experiencia en Asia y América— el niño se pierde en la selva y es adoptado por una familia animal, lo que se desarrollará será un ser biológico con las mismas for-

mas de comportamiento que la familia animal que le adoptó: es el caso de los niños “gacela” y de los niños “lobo” de que alguna que otra vez ha informado la prensa. Para que ese *ser natural* que nace a los nueve meses de gestación se convierta en *hombre*, para que la *humanidad potencial* que en él reside como un germen *devenga en acto*, se requiere un proceso lento, paciente y complejo de formación mediante el cual el niño va asimilando los bienes culturales del mundo que le rodea, cultivando en esa forma los rasgos característicos de su peculiar esencia —el espíritu— y convirtiéndose de ese modo en hombre en el pleno y más alto sentido de la palabra. Y no es ésta hazaña que todos los hombres realizan: gran número de hombres, por diversas circunstancias, apenas rebasan los límites de la animalidad, es decir, apenas si llegan a avanzar unos pasos en el proceso de humanización de su ser natural. “*Difícil*”, se ha dicho a este respecto, “es ser hombre. *Raro*, muy raro, es que un hombre (como individuo de una especie biológica) sea al mismo tiempo ‘hombre’, en el sentido de la *idea* de ‘*humanitas*’”. (Max Scheler, *El saber y la lectura*).

El hombre, en el más alto y pleno sentido de esta palabra, no es más que el resultado de ese *proceso de formación* a que antes he hecho referencia, proceso de formación que no es otra cosa que lo que corrientemente conocemos con el nombre de *educación*. Mediante este proceso se va cultivando y formando —tomando forma, tomando ser— todo el espíritu del hombre: su inteligencia, su voluntad, su memoria, su sensibilidad. Comenzando desde la cuna, este proceso no termina hasta la tumba; nuestra personalidad no está en realidad completa y terminada, como quería Unamuno, hasta la muerte, pues mientras vivimos siempre hay posibilidades de adiciones o transformaciones.

En todo proceso formativo, educativo, son innumerables los factores que intervienen: la propia experiencia, las enseñanzas de los mayores, la escuela, etc. Pero no me cabe la menor duda de que el instrumento más usual y más eficaz es el libro, la lectura. Nuestra personalidad, el producto del proceso a que venimos haciendo alusión, es el resultado de lo que hemos

visto y oído por nuestra propia cuenta; de lo que nos han enseñado nuestros padres; de lo que la escuela nos ha enseñado, pero sobre todo, de lo que en la escuela o fuera de ella, con o sin relación a ella, antes o después de ella, *hemos leído*. Mediante la lectura hemos cultivado nuestra inteligencia, enriqueciéndola con conocimiento de la realidad externa, de los “objetos”, e incluso de la propia realidad interna y su funcionamiento, en forma tal que no sólo adquiere conciencia de las cosas sino también de sí misma y de su propio funcionamiento: por lo que llegamos a formarnos una imagen intelectual del mundo que nos convierte en un “microcosmos”, pues llevamos al mundo en nosotros.

Y mediante la lectura también —aunque no sea el único medio de hacerlo— hemos ido moldeando nuestra sensibilidad, hasta el punto de que es prácticamente imposible distinguir qué afectos, sentimientos, actitudes emotivas, son producto de nuestro contacto real con la vida y cuáles de nuestro trato con los libros. En la formación de la sensibilidad es la lectura, quizá, instrumento de mayor eficacia por cuanto la afecta de manera consciente y de manera inconsciente. En unos casos, estamos conscientes de que ciertos modos de sentir los debemos al influjo de la lectura de tales libros: puedo recordar, por ejemplo, que el sentimiento de la belleza del mar de Puerto Rico se me reveló un día leyendo la descripción marina de *La isla del tesoro* de Stevenson y es de conocimiento general que los románticos hispanoamericanos aprendieron a amar la naturaleza de América según los modos que Humboldt, por un lado, y Chateaubriand, por otro, les enseñaron. Pero como la palabra —hablada o escrita— afecta la sensibilidad de modo más amplio que a la inteligencia, porque a ésta sólo afecta en su contenido semántico, en su mensaje lógico, mientras que a aquélla, la hiera también con las vibraciones afectivas de que va cargada, y hasta, muchas veces, con el encanto sonoro y musical de su envoltura fonética, y esto último sin que el lector se dé cuenta, resulta la sensibilidad afectada doblemente por la lectura. ¡Cuántas actitudes de simpatía o antipatía, cuántos sentimientos positivos o negativos, habrán logrado acceso a

nuestra sensibilidad escondidos en la carga peyorativa o encomiástica de un adjetivo o un adverbio, o a la mejor, de un simple aumentativo o diminutivo! ¡Cuánta tolerancia de nuestra sensibilidad moral no tendrá su origen en un hábil e hipócrita eufemismo! Y todo ello, sin que nos diéramos cuenta de cómo el humor afectivo del lenguaje nos estaba afectando, por lo que no teníamos medio de ponernos en guardia y ofrecer resistencia. ¡Como los troyanos de Homero, sólo veníamos a darnos cuenta de los aqueos ocultos en el caballo de madera, después que se habían apoderado de la plaza!

Somos, pues, afectivamente —si no totalmente, por lo menos en gran medida— lo que nuestras lecturas nos hayan hecho ser. Nuestra *sensibilidad estética*, es decir, nuestros sentimientos respecto de lo bello y sus formas; nuestra *sensibilidad moral*, es decir, nuestros sentimientos respecto del bien y el mal, respecto de la conducta correcta y la reprobable; y nuestra *sensibilidad religiosa* —quizá sería más exacto, en nuestra época, decir nuestra *insensibilidad religiosa*— son en parte fundamental, las que nuestras lecturas, escogidas o vulgares, auténticamente emotivas o meramente sensibleras, dramáticas o melodramáticas, morales o inmorales, reverentes o irreverentes, las hayan hecho ser.

Refiriéndose a este tremendo poder formativo de la lectura, ha dicho el gran escritor modernista, José Enrique Rodó, lo siguiente: “Grande instrumento de reforma interior es el libro; pero no principalmente por su eficacia intelectual y el poder de convicciones que atesora, sino por su *intensión en el sentimiento y en la imagen*, no principalmente por lo que *argumenta* sino por lo que *conmueve*; no principalmente por su *luz*, sino por su *calor* y su vida, y por lo que en él hay de *voluntad subyugante* y de *hechicería del corazón*; no principalmente por la *fuerza propia de la idea* sino por la *virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y se provoca el movimiento*”. (*Camino de Paros*).

¡Extraordinaria eficacia de la lectura! ¡Casi podríamos decir *aterradora eficacia*, si tenemos en cuenta que la misma

puede ser para bien o para mal según el tipo y la dirección de las lecturas! En el terreno de la sensibilidad estética, la lectura de libros de auténtico valor literario cultivará en nosotros el sentimiento de las formas bellas, el aprecio de los modos auténticos de emoción y el vuelo creador de la fantasía poética. Lecturas vulgares, por el contrario, deformarán nuestro gusto, alejándonos de las más altas formas de la belleza, la emoción y la fantasía, e inclinándonos a las formas truculentas, sensibleras y melodramáticas. (Quizá no esté demás señalar aquí, que en los últimos años las lecturas baratas están recibiendo un magnífico apoyo de la radio y la televisión con los programas de “novelas” y “dramas” que transmiten). Las lecturas que hagamos nosotros o que influyamos para que otros hagan, determinarán nada menos que la diferencia entre el *buen* y el *mal gusto* con todas sus deplorables consecuencias.

Es igualmente obvio que lecturas en que se exalta la veracidad y se condena la mentira; en que se elogia la honestidad y se denigra la deshonestidad; en que se ensalza el desinterés, la misericordia, la laboriosidad o por el contrario, se menosprecia la codicia, la crueldad, la ociosidad; crearán sentimientos y actitudes emotivas favorables a las cualidades presentadas positivamente —veracidad, honestidad, desinterés, misericordia, laboriosidad— y desfavorables a las presentadas negativamente —mentira, hurto, codicia, crueldad y ociosidad. Lecturas que tomen posición definida al lado del bien, de la conducta correcta, condenando el mal y la conducta incorrecta, crearán una sensibilidad moral deseable. El aprecio de los valores, la jerarquía que se establezca, prefiriendo los espirituales a los materiales o viceversa, también tendrá mucho qué ver con las actitudes contenidas en las lecturas hechas durante el proceso de formación. En fin, la actitud moral, inmoral o indiferente de la persona, está, en buena parte por lo menos, determinada por el tipo de lectura que haya hecho en los momentos en que su sensibilidad iba tomando forma.

Lo mismo sucede con la sensibilidad religiosa. Personas formadas al calor de lecturas en que la religión se presentaba como una fuerza viva y operante, como algo positivo, impres-

cindible en la vida del hombre, crean sentimientos favorables hacia ella. Lecturas en que se alude a la práctica de la religión en forma despectiva, como cosa propia de viejas e ignorantes, y en que siempre se presenta a los sacerdotes y ministros en forma antipática, o en que sencillamente se elimina por completo del cuadro de interés de la obra, crearán si no hostilidad, cuando menos indiferentismo en el lector. La *insensibilidad religiosa* que encontramos en gran porción de las personas de hoy se debe en buena parte a las lecturas en que el sentimiento religioso no tenía entrada, en que no figuraba como interés vital y operante. Novelas, cuentos, dramas, etc., en que los personajes ni en sus alegrías ni en sus desdichas tienen un pensamiento ni de agradecimiento ni de imploración para Dios; es decir, en que el sentimiento religioso queda excluido, no pueden formar sensibilidades religiosas. Niños formados al calor de tales lecturas serán incrédulos, agnósticos, cuando menos.

La eficacia de la lectura como fuerza modeladora de la sensibilidad, para bien o para mal, debe hacernos reflexionar a todos los que de alguna manera estamos relacionados con el proceso educativo, en si estamos haciendo el mejor uso de ella. Cualquier reflexión de este tipo envuelve la exigencia previa de los problemas planteados por la profesora Gaztambide respecto al dominio de las técnicas de lectura. Antes de plantear el problema respecto de la calidad del contenido se precisan en el lector las destrezas y habilidades necesarias para aprender a cabalidad el mensaje del texto. Sólo en posesión de esas destrezas y técnicas estará en condiciones el lector de aprovechar a plenitud, para bien o para mal, las lecturas de que hacemos cuestión.

Un examen de conciencia en torno a este problema de la relación entre la lectura y la formación de la sensibilidad nos llevaría, me parece a mí, a formularnos las siguientes preguntas que lanzo a los amables oyentes con la invitación a reflexionar sobre ellas:

1. ¿Tenemos en cuenta al seleccionar las lecturas para nuestros educandos de todos los niveles que éstas vayan

dirigidas al cultivo no sólo del intelecto sino también de la sensibilidad?

2. ¿Nos estamos ocupando los padres de que las lecturas que hacen nuestros hijos sean las más adecuadas para despertar en ellos los deseables sentimientos respecto de la belleza, la moral y la religión? ¿Examinamos las lecturas que hacen nuestros hijos?
3. ¿Permitimos que nuestros hijos sustituyan la lectura de las obras mismas por resúmenes estilo *Readers Digest*, o por tirillas cómicas? ¿Es decir, nos ocupamos de que consuman su adecuada dosis de lectura auténtica?
4. ¿Permitimos que la radio y la televisión ocupen el puesto de la lectura?

(Ponencia leída en el foro sobre "La lectura y los problemas de la cultura", celebrado en la Universidad de Puerto Rico, el 12 de julio de 1957).